

LA ISABELA. VIDA Y OCASO DE UNA CIUDAD EFIMERA

POR

CONSUELO VARELA

CSIC. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla

En diciembre de 1493 comenzaba Colón la construcción de la que sería la primera ciudad en el Nuevo Mundo a manera europea. Ciudad efímera, ya que fue abandonada muy pronto, ha merecido muy poco interés por la historiografía americanista (1). Únicamente los arqueólogos, que se han ocupado de localizar y excavar sus restos, han centrado su atención sobre ella y siempre, claro está, desde un punto de vista antropológico (2).

Mi propósito en este trabajo va a consistir en exponer la visión histórica que de la fundación y abandono de la ciudad tuvieron los contemporáneos, a la luz de nuevos textos colombinos y de los relatos de aquellos que pisaron su solar.

1. LA ISABELA, PRIMER ASENTAMIENTO EUROPEO EN EL NUEVO MUNDO

A fines de noviembre de 1493, luego de dos meses de viaje de descubrimiento por las islas (había salido de Cádiz el 25 de septiembre), llegó Colón a la Española en el que sería su segundo viaje a las Indias. Tan pronto como comprobó el desastre que había ocurrido a los hombres que había dejado en el fuerte de la Navidad, D. Cristóbal se vio obligado a buscar a toda prisa un asentamiento

(1) Donde siempre aparece mencionada de paso. Merecen citarse aquí monografías de lectura obligada, ambas coordinadas por Francisco de SOLANO: *Estudios sobre la ciudad Iberoamericana*, Madrid 1975, e *Historia y futuro de la ciudad Iberoamericana*, Madrid, 1986.

(2) Cf. F. DOMÍNGUEZ COMPAÑYS, *La Isabela, primera ciudad fundada por Colón en América*, La Habana, 1947; J. A. PUIG ORTIZ, *Por la valorización histórica de las ruinas de la Isabela, primera ciudad del Nuevo Mundo*, Santiago, 1973; F. LUNA CALDERÓN, *Los esqueletos de la Isabela: testigos mudos de una gran hazaña*, Santo Domingo, 1983, y, sobre todo, las recientes investigaciones que ha realizado *in situ* K. Deagan del Florida State Museum y que están en curso de publicación.

donde situar a sus acompañantes, que en número superior a 1.200 componían la flota. Comenzaba a tener problemas con las simientes que se pudrían, con los caballos que se enfermaban, reducidos en los barcos, y con los avituallamientos que se hacían cada vez más escasos. A todo ello se unía el descontento lógico de los hombres que en su mayoría acudían a las Indias con ansias de oro y no de visitar paisajes más o menos exóticos entre una y otra isla. El colono tenía prisa por asentarse. Con una rapidez sorprendente hizo Colón la elección del lugar, muy probablemente conminado por sus hombres; así fue como precipitadamente se comenzaba a construir el primer núcleo urbano en el Nuevo Mundo.

1.1. Localización

Sin duda fue Colón quien con más precisión nos narró la localización exacta de la nueva ciudad cuando escribió a los reyes (3) diciéndoles: *«Digo qu' esta ciudad dista de la su linea equinocial veinte y çinco grados, y a la parte mas austral de la isla, diez y ocho grados se le faze hazia el polo ártico. Fuera del Occidente de Tolomeo al cavo de Sant Rafael, qu'es fin della y será al oriente, dista por aquel paralelo ... grados»* (4). *El sitio ... es sobre piedra y a la costa de la mar, al pie de una grandísima vega mayor que la de Granada, y que a cincuenta pasos ay una montaña de cantería, mejor que aquella de que hedifican la iglesia de Santa María en Sevilla; junto con ella, no mas lejos, una montaña de piedra de cal muy fina, y la una y la otra muy poblada de árboles. Por la mitad de la vega pasa un gran rio, el cual entra en la mar aquí junto a la ciudad* (5).

Así nos relata cómo eligió el lugar una vez partido de Monte Cristi:

Bolví atrás el día siguiente fasta aquí, adonde fabricamos la villa Isabela, la qual por su merecimiento que diré después, suplico a V.A. que la haga[n] ciudad. Adonde abría quatro leguas, no es aquí puerto cerrado mas es basa, muy grande en que caberan todas las naos del mundo. En ella jamás entra tormenta. Y aquí ay un lugar muy idoneo de una alta tierra, casi isla, al pie de la qual llega una

(3) Los textos colombinos que se citan a continuación pertenecen todos ellos a un manuscrito de mitad del siglo XVI, que acaba de adquirir la Biblioteca Nacional de Madrid y que aún no ha sido editado en su integridad. Se trata de un manuscrito en el que fueron copiadas nueve cartas de Colón a los Reyes Católicos, de desigual valor y con indudables interpolaciones. Cito por el número de paginación moderno.

(4) Pág. 44. Desafortunadamente el escribano dejó en blanco la distancia que cubría ambos puntos.

(5) Pág. 24.

gran nao y descarga al pie del muro. De aqui a un tiro de lombarda ay un poderoso rio mejor que Guadalquivir, del qual por açequia se puede traer dentro en la villa en la plaza. El qual pasa por una vega grandísima que va al sueste, de la qual hasta oy no e podido saver el cavo. ... Desde la villa al poniente, grandes dos leguas, es toda playa muy fermosa y al cavo un puerto de los mejores del mundo, en que cabrán todas las naos que en el ay. Junto con esta vega, de la parte tambien del poniente, pasa una montaña del norueste a sueste. En ella ay un puerto [en] el qual agora hize adereçar, —el camino está un quarto de legua— aquello que se ovo menester que se adovase, porque los caballos pasasen mucho sin pena. Aliende él ay otra vega, muy mejor que esta de que aqui fablo, y en el medio pasa otro mayor rio, navegable es segun todos me dicen. Aquí, en esta vega, ay para veinte mill vezinos, para sembrar pan y hacer guertas y edificios de agua. En la otra ay mas otro tanto (6).

En otra ocasión nos dará la distancia que de la nueva ciudad hay a un lugar conocido: *el puerto de Santa Cruz, qu'es allí veinte y nueve leguas mas [al] austro* (7).

Otros autores señalarán la localización en términos comparativos. Las Casas nos dirá que la Isabela dista de Santo Domingo en línea recta, de norte a sur y de mar a mar, 55 leguas. Mártir advertirá las distancias, a modo de miliario, que medían entre los fuertes que se mandaron construir entre ambas ciudades: «Habían levantado las siguientes fortalezas desde la Isabela en línea recta hasta Santo Domingo, es decir, del septentrión al mediodía de la isla: a 36 millas de la Isabela fundó el fuerte de la Esperanza, a 24 millas de la Esperanza el de Santa Catalina; a veinte millas de Santa Catalina, el fuerte de Santiago; a otras veinte millas de Santiago, levantó un fuerte torreado más guarnecido, que llamó de la Concepción, ... después edificó otra a mitad de camino entre la Concepción y Santo Domingo» (8).

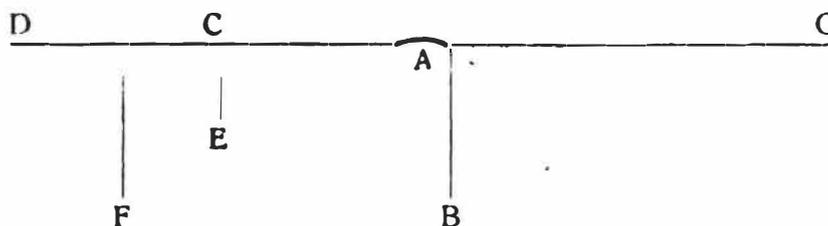
Tenemos pues una localización geográfica que Colón nos ofrece señalándonos la latitud precisa: el sur de la isla a 18° N y la Isabela a 25° N. Poseemos además una descripción del lugar: la Isabela está situada al borde del mar, a 29 leguas al oeste del puerto de Santa Cruz (G), en un saliente de terreno, casi isla (A); a un tiro de lombarda de la desembocadura de un río (B) —incluso mejor que el caudaloso Guadalquivir— y que conforma una hermosa vega; al oeste de la villa se extiende una playa de dos leguas de larga (C), en cuyo extremo se encuentra el puerto (D); a cincuenta pasos de la Isabela y hacia el interior hay dos montañas de cal y de piedra,

(6) Pág. 14.

(7) Pág. 44.

(8) Cito por la edición de J. Gil en Juan GIL y Consuelo VARELA, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid, 1984, pág. 89.

situadas una al lado de la otra, con una dirección que va de noroeste a sudeste (E) y tras ellas un río (F), que configura la segunda vega que abastecerá a la urbe.



Las descripciones del entorno, hechas por los contemporáneos, mucho menos extensas que las del almirante, apoyan sin embargo y ratifican su visión. Las Casas alaba la calidad de la cantera próxima a la Isabela hasta tal punto que cuando fue prior del monasterio dominico de Puerto de Plata mandó colocar, como primera piedra del nuevo edificio, una gran mole extraída de aquella montaña en recuerdo de esa primera villa (9). De las grandes arboledas que rodean la Isabela se hace eco el doctor Chanca en su relación que envió al Cabildo de la ciudad de Sevilla en enero de 1494: «(es tan) espesa que apenas podrá un conejo andar por ella; es tan verde que en ningún tiempo del mundo fuego la podrá quemar» (10). Tanto Las Casas como Pedro Mártir de Anglería, Guillermo Coma y Michele de Cuneo destacan la situación de la ciudad como puerto. Las Casas en cuatro ocasiones la denomina «puerto y ciudad de la Isabela» (11); Mártir señala como primera característica de la ciudad el estar situada junto a un puerto, que tanto Coma como Cuneo consideran «excelente» (12).

1.2. *Fundación*

Elegir una fecha exacta para la fundación de la ciudad resulta imposible. Quizá pudiéramos dar como oficial la del día 6 de enero de 1494, festividad de los Reyes Magos, cuando, como nos cuenta

(9) Bartolomé de LAS CASAS, *Historia general de las Indias*, edición de Juan Pérez de Tudela, Madrid, 1957, I, pág. 300.

(10) GIL y VARELA [8], pág. 172. Sobre la personalidad del doctor Chanca véase J. A. PANIAGUA, *Doctor Diego Alvarez Chanca*, Madrid, 1977, y Consuelo VARELA, "Diego Alvarez Chanca, cronista del segundo viaje colombino", en *Historiografía y Bibliografía Americanista*, vol XXIX, Sevilla, 1985.

(11) LAS CASAS [9], I, págs. 293, 297, 302, y II, pág. 31.

(12) G. COMA en *Cartas* [8], pág. 199, y CHANCA en *ibidem*, pág. 243.

Pedro Mártir, se celebró la primera misa concelebrada y cantada por trece sacerdotes bajo la dirección del mínimo padre fray Bernaldo Buil (13). La villa apenas contaba un mes de vida.

1.3. *Impresión de los contemporáneos*

Si hasta aquí hemos tratado el tema desde un punto de vista que podríamos llamar aséptico, al analizar la visión que los contemporáneos tienen de la ciudad como hábitat las posturas resultan encontradas.

Para comenzar solamente Coma la llama por su nombre: Isabela, mientras que Mártir o Cuneo silencian su nombre y la versión que conocemos de la carta de Chanca la denomina Marta. Este aberrante nombre sólo puede ser explicado aplicando la crítica textual, como hizo J. Gil, con la apoyatura del texto de Guillermo Coma: «la ciudad Isabela, que surge bellísima, está junto a un puerto excelente» que nos invitaría a leer en la redacción original de Chanca «hedificase sobre la ribera d'él una cibdad, mas tan junto, que el lugar se deslinda con el agua» (14).

La descripción de la villa adquiere tintes muy diferentes en cada cronista, llegando a discrepancias máximas en las visiones de Coma y Cuneo. Mientras que para el italiano las doscientas primeras casas que se construyeron en aquel «casale» (aldeucha) eran pequeñas, cubiertas de yerba y le recordaban a aquellos lugares sórdidos donde se practica el «jeu d'amour» por poco precio; para el catalán Coma, que convierte a la Isabela en capital de la provincia, se ha construido una ciudad inmensa con una calle ancha, trazada a cordel, que la divide en dos partes, cortada transversalmente por otras muchas costaneras; y hasta nos cuenta que en la playa se ha edificado una magnífica fortaleza y nos hace creer que la morada del almirante, a la que llama palacio real, llegará a albergar a los Reyes de España cuando un día hagan su entrada triunfal en esa nueva Roma, que la cuenta con un magnífico templo «repleto de ofrendas que la reina Isabel envió desde España para el culto divino» (15).

La realidad debía de estar en un término medio. Cuando nuestros cronistas escriben, la ciudad apenas lleva unos cuantos meses de existencia. Por mucha prisa y cuidado que los hombres pusieran en construirla es evidente que su aspecto estaría más cercano de la

(13) *Cartas* [8], pág. 61.

(14) La explicación dada por Gil se encuentra en *Cartas*, p. 89.

(15) *Cartas* [8], pág. 199.

descripción que nos proporciona el siempre malintencionado y puntilloso Cuneo.

Sí, en cambio, parece lógica la distribución de las calles, con una gran plaza central, a la manera de las ciudades castellanas, y la descripción que tanto Colón como Las Casas y Chanca hacen de las huertas rodeando el perímetro de la ciudad (16).

2. ABANDONO DE LA ISABELA Y FUNDACIÓN DE SANTO DOMINGO

2.1. *Período de pervivencia de la ciudad*

Según todos los cronistas Isabela había desaparecido ya como ciudad en 1500. El abandono progresivo hubo de efectuarse entre unas fechas que corren entre el 10 de marzo de 1496 (día de la salida de Colón hacia España desde el puerto de la Isabela) y el 31 de agosto de 1498, fecha de la llegada del almirante a Santo Domingo en su tercer viaje a las Indias; el puerto de la Isabela se había ya abandonado definitivamente. Observamos, como primer hecho confirmado, que la expansión edificadora de la ciudad había durado apenas cinco años: desde finales de 1493 a mediados de 1498.

Para rastrear los motivos que indujeron a este súbito deterioro y abandono hemos de contar con una fuente documental nueva procedente del mismo descubridor. En efecto, en una carta a los reyes redactada en la primavera de 1494 escribe:

Después yo proceder en la fábrica desta ciudad, y ya lleno de casas, siguió desastre de fuego, que se quemaron los dos tercios, en tiempo y ora que yo estaba de partida para Cibao; la qual por esto no dexé; que puede aver fasta el comienzo [de Cibao] catorze o quinze leguas, en las cuales ay dos puertos no largos, salvo fatigosos, en que bien se pudiera desechar rodeando muy mucho camino. Y a este río, que aquí es cerca de la ciudad, tanto como de Santa María en Sevilla fasta el río, y dende a una legua a otro río no grande como éste, en el cual hago agora las moliendas, porque es más conuenible para de priesa que no éste; y dende a tres leguas es el puerto que se dize de los Fidalgos, y está todo fasta el pie d'él en travesía desta vega todo llano (17).

(16) Francisco de SOLANO, en su artículo "Fundación, Tipología y Funciones urbanas", en *Historia y futuro de la ciudad Iberoamericana* [1], pág. 13, señaló cómo ya desde la misma fundación de la Isabela se estaba vislumbrando la que sería la ciudad geométrica iberoamericana.

(17) En el mismo manuscrito citado en la nota 3, pág. 17.

Colón ha emprendido un viaje, ya conocido, para explorar las minas cercanas y, durante su ausencia la ciudad se destruye por un fuego en sus dos terceras partes. Tan grande ha sido el desastre que sus hombres se ven obligados a efectuar las moliendas y proveerse de avituallamientos en un lugar próximo a la ciudad pero, en definitiva, incómodo.

La situación en Isabel a es insostenible. A la mala aclimatación que les produce enfermedades, se une una actitud díscola de los indios que, engañando a los españoles, acordaron no sembrar en las épocas debidas, lo que produjo una escasez de víveres que, al decir de Oviedo, supuso una mortandad en la que cayeron la mitad de los españoles y no pocos de los indígenas. *El hedor era grande y pestífero*, señala el cronista (18). Respuesta contundente ésta de los indios, que se habían visto despojados y utilizados. Si Las Casas nos dice que cerca de donde se instaló la Isabel a había una aldea indígena, Colón, más rotundo, nos señala expresamente: *Aquí donde yo determiné el asiento de la villa, estaban ciertas casas de indios* (19).

No es difícil imaginar el aspecto que la ciudad presentaba: hambre, enfermedad, muerte, casas destruidas, pillaje y una consiguiente desmoralización de la gente que soñaba con una rápida vuelta a Castilla.

Por otro lado parece ya claro para los descubridores que las buscadas minas de Cibao se encuentran en el interior. Comienza una actividad febril tendente a contruir fuertes en la región minera que van trazándose del norte al sur de la isla (La Esperanza, Santa Catalina, Santiago, la Concepción...).

La escasez de hombres y las luchas que comienzan entre las diferentes facciones hacen extraordinariamente difícil controlar la situación. Por ello, cuando el genovés deja la isla para dirigirse a España en la primavera de 1496 ya lleva *in mente* un traslado de la ciudad.

2.2. *Fundación de Santo Domingo. Coexistencia de dos núcleos urbanos en la Española*

Una de las características de Colón es la de saber dar las vueltas a sus adversidades y presentar como un nuevo triunfo lo que para muchos era un rotundo fracaso. Siguiendo esta norma tan usual en

(18) Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia General y Natural de Las Indias*, edic. de J. Pérez de Tudela, Madrid, 1959, pág. 48.

(19) *Ibidem*, pág. 14.

él a poco de llegar a Castilla, desde Cádiz en junio o julio de 1496, escribe una carta a los reyes, que nos resume Las Casas, relatándoles que había encontrado muy buenas minas en el sur de la isla y sugiriendo la implantación de una nueva ciudad y puerto en esa zona tan maravillosa y fértil. Crédulos, los monarcas contestan a su almirante que cuanto a él le pareciere ellos *lo daban por bueno y se lo recibían en servicio*. Apresuróse el genovés a escribir a su hermano Bartolomé conminándole a *buscar por allí [el sur de la isla] algún puerto para poblar en él y, si tal fuese, pasase todo lo de la Isabela en él y la despoblase* (20). ¡Bonita manera de quitarse de encima un engorroso problema!

Obediente a su hermano, D. Bartolomé, no sin antes dejar en su puesto en la Isabela a su hermano menor Diego, emprendió la búsqueda de un nuevo emplazamiento. Nos encontramos en una fecha que ha de situarse hacia finales de 1496 o comienzos de 1497 y no el 5 de agosto de 1494 como nos hace suponer Oviedo confundiendo la fecha, pues ésta es la de la primera llegada a las Indias de D. Bartolomé. Bien fuera por las razones sentimentales que señala un cronista, esa preciosa y romántica historia de Miguel Díaz que, huido de la Isabela tras una riña luctuosa, recabó el perdón del Adelantado ofreciéndole la primera vista del pueblo de su amante la cacica Catalina, quien ofrecería al italiano todas las facilidades de asentamiento y ayuda material (21), bien por la necesidad imperiosa de abandonar una ciudad en ruinas y maloliente, el hecho cierto es que en 1498 ya se había instalado D. Bartolomé en esa nueva población.

El resultado inmediato no se hizo esperar: si el teniente de gobernador ha situado su palacio en un nuevo emplazamiento, el pueblo, por pura lógica, se trasladará donde está el poder y Santo Domingo se convertirá casi inmediatamente en la capital administrativa de la Española.

Una ciudad no se abandona de la noche a la mañana por muy destruida que esté. Sabemos que a mediados de 1497, cuando ya está en marcha la construcción de la nueva ciudad, la alhóndiga del rey continuaba en la Isabela; allí también se refugiaron los rebeldes que Colón fue a apaciguar a finales de 1498 (22). Mas el genovés quiere por todos los medios que esa ciudad desaparezca, es un fracaso personal —su propio fracaso— y por ello insiste en que la nueva ciudad, que su hermano ha levantado, se llame Isabela la Nueva, de esa forma quizá quería borrar del mapa su desprestigio.

(20) La correspondencia entre Bartolomé y D. Cristóbal, aunque trunca, es recogida por LAS CASAS en [9], I, pág. 308.

(21) FERNÁNDEZ DE OVIEDO [18], pág. 50.

(22) LAS CASAS [9], pág. 413.

No lo conseguiría, ya que en poquísimas ocasiones las fuentes nombran a Santo Domingo de esta manera (23). Además, también existía un motivo psicológico: el pueblo, la gente, la colonia, en fin, no quería recordar ni por asomo la experiencia pasada y, en consecuencia, establecen una *damnatio memoriae*: a la Isabela, ni siquiera se la nombra. Muy pronto empezó también a circular una leyenda que convertía a la triste Isabela en una ciudad maldita. Se decía que una vez

yendo de día un hombre o dos por entre aquellos edificios de la Isabela, en una calle aparecieron dos rengleras a manera de dos coros de hombres, que parecían todos como gente noble o del palacio, bien vestidos, ceñidas sus espadas y rebozados con tocas de camino, de las que entonces en España se usaban. y estando admirados aquel o aquellos a quien esta visión parecía [y preguntándoles] como había venido allí [a] aportar gente tan nueva y ataviada, sin haberse sabido en esta isla dellos nada, saludándolos y preguntándolos cuándo y de dónde venían, respondieron callando, solamente echando mano a los sombreros para los saludar, quitaron juntamente con los sombreros las cabezas de sus cuerpos, quedando descabezados y luego desaparecieron (24).

Las Casas, al narrar esta historia macabra, de fantasmas vestidos al hispánico modo, no está haciendo más que recojer la fantasía popular que de seguro contaría y recontaría cantidad de leyendas, alimentando la idea de que Isabela era un lugar prohibido y al que no debía acercarse ningún mortal. Por ello sólo las piaras de cerdos, al parecer muy numerosas en la zona, se atrevían a pasearse por sus despobladas calles y apenas las partidas que se organizaban para montearlos osaban aparecer de vez en cuando con el único propósito de cazar algún que otro puerco que llevarse a sus hambrientas bocas.

3. OBSERVACIONES FINALES

No parece que ofrezca lugar a dudas la localización de la ciudad y su entorno: cercana a un puerto; vecina a dos ríos; rodeada de grandes arboledas; junto a dos montañas, una de piedra y otra de cal; asentada sobre un poblado indígena y a una distancia fija y convenientemente señalada de un lugar conocido como es Santo Domingo (25). De una forma o de otra todas las fuentes coinciden

(23) *Ibidem*, pág. 426.

(24) *Ibidem*, pág. 264.

(25) La ubicación se asemeja en gran medida a la propuesta para las primerísimas ciudades iberoamericanas por SOLANO en [1], pág. 13.

en esta descripción general. Incluso la existencia del cercano puerto, que Morison considera insuficiente para grandes naos, así como su inadecuada situación, al no estar suficientemente protegido por los vientos (26), no parece que causara quebraderos de cabeza a los contemporáneos dado que ninguna fuente los menciona como características adversas de la situación geográfica de la ciudad. Por otro lado, ya vimos que el mismo Colón se encarga de señalar que el puerto se encuentra a cuatro leguas y que delante de la villa *no es aquí puerto cerrado, mas [la mar] es basa*.

Bien es verdad que la nueva urbe dispuso inmediatamente de un cabildo, esto es, de unos órganos de gobierno que hubieron de tener una sede, y que la estructura de sus calles e incluso las conducciones de agua fueron obras que se acometieron desde el primer día en que se colocó la piedra fundacional de la ciudad, pero el tiempo no dio lugar, ni mucho menos, a construir grandes edificios. Desde diciembre de 1493 a mediados de 1496, un puñado de hombres enfermos, unos indígenas no dispuestos a cooperar y unas técnicas rudimentarias en absoluto pudieron construir más que a lo sumo una elemental infraestructura: esas casas cubiertas de paja de que hablaba Cuneo en 1495. Y desde luego una vez que D. Bartolomé Colón decidió la creación de Santo Domingo la actividad edificadora en Isabela no sólo hubo de desaparecer, sino que incluso dudo mucho que se emprendiera la más mínima labor de conservación o reparo en los escasos edificios existentes. Si a ello añadimos ese fuego que destruyó dos tercios de la ciudad, el panorama no permite suponer que en aquel lugar se intentara construir de nuevo algo semejante a una ciudad, ni siquiera a una aldea. Si en 1498 ya parece que todo el aparato administrativo ha sido trasladado a Santo Domingo, hemos por fuerza de pensar que el deterioro de la Isabela era ya insalvable. En 1500 ya ni un alma moraba entre sus casas y para 1503 sólo los puercos monteses cruzaban sus calles. Como ya señaló Juan Gil, en aquel año la montería de jabalíes en Isabela la Vieja —¡así la denominan ya las fuentes en 1503!— se había arrendado en 2.000 pesos (27).

Todos estos datos hacen que resulten sorprendentes algunos de los resultados de las excavaciones llevadas a cabo en el sitio de la Isabela. Vaya por delante que no oso poner en duda la localización de la ciudad, tema que excedería con mucho a mis conocimientos. Son lógicos tanto el cementerio cristiano como el indio y se explica

(26) S. E. MORISON, *Admiral of the Ocean Sea*, Boston, 1983, pág. 433.

(27) Juan GIL, "Las cuentas de Cristóbal Colón", *Anuario de Estudios Hispano-Americanos* XLI, Sevilla, 1984, pág. 478.

perfectamente la existencia de cerámica española mezclada con indígena, dado que ambas comunidades se superpusieron; no debe asimismo extrañar la presencia de un cuerpo de mujer blanca entre los cadáveres o la abundancia de dentaduras de cerdo, animal que tanto merodeaba entre sus calles. En cambio, parece imposible pensar que en tan escaso tiempo se erigiera una casa de grandes dimensiones como residencia del almirante y sus hermanos. ¿No podría tratarse de una edificación algo posterior y perteneciente a algún corsario de los muchos que asolaron la zona?

Al tratar del abandono y el no resurgimiento de la ciudad, P. E. Taviani, única autoridad que ha tratado el tema en profundidad y desde todos los puntos de vista, señala tres motivos fundamentales: primero, porque no tenía un puerto de calado suficiente; segundo, porque en el interior el pueblo de los Fidalgos, la ciudad de Santiago de los Caballeros o la de la Concepción de la Vega atrajeron a las poblaciones cercanas y, tercero, porque la costa septentrional de la isla fue escenario de acciones filibusteras y consecuencia de las guerras entre las potencias europeas (28).

Todos estos motivos son ciertos, como también lo son el decidido propósito del almirante de abandonar la zona, aunque siga empeñándose en decir a los reyes que la Isabela se había construido en el mejor lugar posible. Abandono del lugar que no sólo se justifica en virtud del fuego acaecido, de la mala situación médica, de la escasez de víveres y del consiguiente estado anímico de la gente, que necesitaba a todas luces un cambio de aires, sino también ante las mejores posibilidades que la costa sur de la isla proporcionaba: mejores vegas, indios amigos, mucho mejor puerto aunque sólo fuera desde el punto de vista estratégico —ya que es mil veces mejor defendible a un ataque— y sobre todo su cercanía de la zona minera, que favorecía un transporte más fácil, ya que en definitiva se trataba de un asentamiento con fines económicos (29).

La Isabela podía, sin embargo, haber continuado viviendo como tantas y tantas pequeñas villas y lugares, pero se abandonó por algo muy humano y comprensible: el miedo, el horror a un lugar maldito; como se abandonó, se silenció y se evitó mencionar otro lugar de triste memoria: el fuerte de la Navidad. Los dos primeros asentamientos europeos en el Nuevo Mundo no eran modelos para

(28) En su fundamental trabajo *I Viaggi di Colombo*, Novara, 1986, páginas 328-333.

(29) El dr. F. de Solano me hizo caer en la cuenta de que a estos motivos habría que añadir uno más: la ausencia de repartimientos de tierras entre los colonos de la Isabela hizo posible un rápido abandono de la ciudad, ya que su gente tenía bien poco que perder frente a la distribución rural acometida en otras zonas de la isla.

ser recordados y el pueblo, generalmente sabio, intentó por todos los medios desterrarlos de su memoria. Quizá sea ésta la causa que ha dado lugar a que se discutan hoy sus posibles emplazamientos. Así como los griegos han omitido en su vocabulario un nombre para designar la mariposa, el insecto que entre ellos representa el alma del difunto, los primeros pobladores omitieron darnos demasiados detalles de algo que imperiosamente necesitaban olvidar para poder vivir en paz en la nueva colonia.